

la envuelve, sufre por no poder confis-  
carla. Entregósele Max, por comple-  
to, pero Minnie, por su parte, ¿le dá  
algo más que una limosna de amistad  
condescendiente? El otro día, Max, le  
dijo: «¿Te gusta marchar?» Ella res-  
pondió: «¡Oh, sí!» con tal fuerza, con tal  
fervor, que Max enmudeció.



## CAPÍTULO V

**M**INNIE está sentada en su ha-  
bitación ante su mesa. Ha  
de escribir á su papá; tarea  
difícil. Minnie, tan parlam-  
china, no mueve con facili-  
dad la pluma. Esta maldita pluma se  
atasca, escupe, hace borrones... Y, ade-  
más, siempre retarda lo que uno quiere  
decir... En el fondo, Minnie, preferiría  
no escribir. Al fin y al cabo papá es  
harto capaz de adivinar por sí solo lo  
que su hijita quiere explicarle y sabe  
muy bien que no le olvida. En suma,  
Minnie está perdiendo el tiempo. Pero  
una tradición respetable (¿por qué?) exi-  
ge que una niña escriba á su papá.  
Sacando un poco la lengua, Minnie ali-  
nea dificultosamente, con una letra atroz  
y una ortografía deplorable, frases inco-

rectas y tradicionales que no responden en absoluto al chisporroteo de su vida interior.

En la estancia contigua, cuya puerta está abierta, madrina y la señorita Noemi charlan á media voz. Es decir, que de vez en cuando, entre prolongados silencios, cambian algunas palabras harto medidas; pues es una insensatez imaginar que porque dos personas estén reunidas, deban desahogarse en una retahíla de palabras, sin tomar aliento siquiera. Además que, sin hablarse, saben que sus pensamientos son idénticos. A ambas las ensimisma por completo la carta, recibida por la tarde, de la mamá de Minnie.

¡Pobrecita mamá de Minnie! Pensando en ella, madrina mueve la cabeza con aire de desagrado. En sus tiempos, las señoras jóvenes no cruzaban la faz de la tierra, como hoy, pero se mostraban menos aturcidas ante los contratiempos naturales de la vida. ¡Cuán azorada, cuán desesperada se la adivina á la pobre mamá de Minnie entre las líneas descendientes de su escritura diminuta é indecisa! Todo la sorprende, todo la inquieta, todo la fastidia en la ciudad desconocida. Aquella ciudad incoherente en que se hablan todos los idiomas de Europa, la causa vértigo. El mundo musulmán, hosco y hostil, le

da miedo. Papá, entregado á sus quehaceres, está ausente todo el día. Y esto no es todo. Probablemente, no permanecerán en Constantinopla más que unos meses, puede que un año, y luego se internarán por el Asia Menor. Papá irá á construir puentes, sobre ríos de nombres bárbaros. El calor se hace ya sofocante. ¿Qué ocurrirá allá abajo? ¿Cómo van á vivir en medio de aquellas poblaciones, aún semi-salvajes? Y mamá añade: «No obstante, dentro de unos diez días, Minnie podrá reunírseos, pues es conveniente que se acostumbre al clima antes que llegue el verano. El señor Geoffroy, que tendrá la amabilidad de acompañarla, dice que la fecha de la partida le es indiferente. Así, pues, Mauricio, se pondrá de acuerdo con él sobre este punto.» Siguen efusivas demostraciones de agradecimiento. Mamá se excusa por la molestia ocasionada á madrina, y espera que Minnie no habrá sido demasiado revoltosa, y se alegra de poder librar pronto á madrina de semejante carga...

Muchas cosas de esta carta han contrariado á madrina, pero el final, la ha indignado, sencillamente. Mauricio está completamente loco. En tiempos de madrina, los padres que se lanzaban á correr aventuras dejaban á sus hijas en el convento. Entonces, si les daba la

gana, podían hacerse sajar. ¡Pero hoy no se paran en asociar á una inocente criatura, á esa vida tan llena de escabrosidades! Es posible que Minnie difícilmente se hubiese acostumbrado á la vida del claustro. Pero en este caso, hubieran dado con amigos, con parientes á quienes confiarla. En último extremo, si hubiese sido menester, la propia madrina, aunque gusta de librarse pronto de tan pesadas responsabilidades, se hubiera encargado de ella. Con tal de que no lanzaran niña á lo desconocido, hubiera consentido en este sacrificio. Y la señorita Noemi, segura está de ello, la hubiera secundado con mucho gusto. La señorita Noemi mueve enérgicamente la cabeza en señal afirmativa. Ciertamente, sería capaz de esa abnegación...

Madrina prosigue... En lugar de eso, pretenden que la niña vaya á Constantinopla.—¡A Constantinopla!—¿Y bajo qué custodia? Bajo la custodia del señor Geoffroy. Madrina y la señorita Noemi levantan los ojos al cielo como para tomarle por testigo de semejante aberración. ¿Pero sabe ese Geoffroy lo que son los chiquillos? Supongamos que Minnie se sintiese indispuerta en el viaje, ¿cómo podría él atenderla, vamos á ver? Sin duda cuenta con una doncella rezagada, que se les reunirá en Nancy. Pero á la doncella hay que descontarla.

El señor Geoffroy es el único responsable de Minnie. ¡Bah!—madrina siente tener que decirlo—padres que confien su hija á un señor Geoffroy se califican á sí mismos juzgados. ¡Un hombre que ni sabe sentarse en la parte central de una silla! Tal vez imagine cumplir con un deber de amistad. Pues anda muy equivocado. Hay responsabilidades que un hombre honrado rehusaría asumir. Pero él no vacila lo más mínimo. Está dispuesto á partir. ¡Dispuesto á partir! ¡Si no lo estará en su vida, pobre diablo! ¡Ah, madrina le hablará clarito!... Pensar que este desgraciado tiempo atrás se había atrevido á alimentar la loca esperanza de... Los ojos de madrina se fijan en el retrato de Clara-Angélica y sus labios se contraen con cierta ferocidad. La señorita Noemi puede pensar como quiera (harto se guardará de abrir la boca): ese hombre es un inconsciente ó un criminal.

Pero, mientras la agitan estos pensamientos, que ora transcurren inarticulados, ora se expresan en forma de un monólogo que puntúa con vagos asentimientos la señorita Noemi, un incidente inesperado viene á interrumpirla. La puerta es violentamente sacudida. Abrese y en el alféizar se dibuja el rostro atezado y bigotudo de la cocinera. Madrina se levanta palideciendo débilmen-

te. Para que Orasia se haya decidido á salir de la cocina es preciso que ocurra algo excepcional, muy grave. ¿Se habrá pegado fuego á la casa, ó están degollando á los curas en la calle? Madrina se siente tan sobresaltada que con gran dificultad balbucea: «¿Qué ocurre, Orasia, qué ocurre?...»

Pero una expresión de alegría salvaje brilla en las duras facciones de Orasia, quien articula con voz de triunfo: «¿No sabe la señora la noticia? Esa del tercero acaba de plantar á su marido.»

¿La del tercero? ¿Con que esa...? ¿La señora Peborde? Orasia asiente y completa sus informes. El señor diputado (¡con qué ironía pronuncia este título!) hubo de ausentarse ayer por veinticuatro horas. Acababa de salir de casa cuando la señora Peborde concedió dos días de asueto á la doncella, de la cual desconfiaba; y media hora más tarde se largó con un maletín de mano... Después, cuando la cocinera entró y se dió cuenta de lo ocurrido, montó en cólera y largóse á su vez, llevándose bastante dinero para indemnizarse de los salarios que la debían, unas seis mensualidades.

—¡Dios mío, qué gentuza!

Madrina junta las manos... ¿Quién se atrevería á jurar que no hay en un repliegue de su corazón una vislumbre de satisfacción vengadora, al ver de tal

modo la mano de Dios pesar sobre el hogar maldito? Pero lo que de veras la embarga, es el horror al pecado que acaba de mancillar la casa en que ella mora, y una piedad sincera hacia la miserable criatura que ha podido traicionar así sus deberes. La señorita Noemi levanta la cabeza y acaba por preguntar con voz tímida:

—¿Y los niños, qué ha sido de ellos?

Orasia se encoge de hombros con la indiferencia de una labradora por una camada de gatitos. Pero no le queda tiempo para responder. El ruido de las voces ha llamado la atención de Minnie. Se ha enterado de todo. Y de pronto aparece á la puerta, y con el semblante descompuesto, con voz trémula, murmura:

—¡Por Dios, madrina, madrina!...

Madrina permanece un instante en silencio. Mira á Minnie, tan sana, tan linda, tan donosa, y piensa en las criaturas de allá arriba, débiles y laceradas, educadas deficientemente por un padre sin religión y una madre sin hábitos morales, abandonados á la noche y al frío. ¿Qué pasará en sus pobres almas trastornadas?... A pesar suyo, sus labios se entreabren y murmuran:

—No podemos abandonarles...

Minnie salta sobre sus rodillas; sus labios tiemblan, todo su ser implora.

—¡Dios mío! ¿Madrina, madrina, con que puedo ir á buscarles?

¿Ir á buscarles? ¡Oh! ¿no es posible arreglarlo de otro modo? ¡Veamos! podría llevarseles arriba... Pero Minnie ha interpretado la vacilación de madrina como un asentimiento y grita con todas sus fuerzas: «¡Gracias, madrina! ¡Si supieses cuanto te quiero!» Y lanzándose fuera de la estancia, atraviesa corriendo el vestíbulo, sube los escalones de cuatro en cuatro...

—¿Qué hacer? Ya es demasiado tarde para detenerla! Madrina pasea á su alrededor una mirada incierta: sus ojos se posan en el retrato de la tía-abuela Eloisa quien, bajo el Terror blanco, albergó en su estancia á un regicida... Madrina se abstrae por un segundo. Y comprendiendo su deber, manda con aquella voz inflexible que al amigo Gouf le hiela hasta la médula del hueso:

—¡Que lleven en seguida al comedor tres tazas de café con leche y unas tostadas de pan con manteca!

Orasia, subyugada, desaparece: Con la cabeza aturdida por tantos acontecimientos, la señorita Noemi anda de un lado para otro con una gran confusión de ideas...

.....  
Algún día, si su cuerpo débil consiente en vivir, Max será un hombre; entonces,

muchos recuerdos de su infancia desamparada y melancólica se esfumarán bajo la patina del tiempo, dejarán de atormentarle, sólo suscitarán en él una débil sonrisa de indulgencia ó de compasión. Pero jamás la tarde de ayer y la noche que le siguió, revivirán en su memoria sin que la mordedura del frío y del terrible sufrimiento deje de herirle el corazón y le cierre los párpados.

Al llegar del paseo con Soffa, Lulú y la cocinera, encontró sobre la mesa-escritorio una carta dirigida á él, escrita por su madre. Leyóla dos ó tres veces. La señora Peborde emprendía un viaje, pero probablemente volvería presto. Su querido Max no debía olvidarla ni creer en la maldad que acaso le atribuirían... Terminaba con un triple abrazo para él y para Lulú y Soffa.

Max no acabó de comprenderlo todo, pero inmediatamente auguró una desgracia, una gran desgracia. Y lloró silenciosamente, evitando enterar á sus hermanos. Procuró distraerles tomando parte en sus juegos. Pero, de pronto, Lulú dijo: «¡Tengo hambre!»

Advirtieron que la hora de la cena había pasado hacía mucho rato. Llamaron, pero fué en vano: la cocinera había desaparecido á su vez. Lulú rompió en sollozos. Cerraba la noche. Soffa empezó á gritar: «¡Tengo miedo, tengo

miedo!» Entonces Max comprendió que le *precisaba* tener serenidad para todos. Reunió toda la energía nerviosa de que era capaz; reprendió dulcemente, fortaleció: mamá volvería pronto y la cocinera habría salido para un encargo. Pero todo se andará. Fueron á la despensa: en el armario hallaron un pedazo de carne, un poco de pan y chocolate. La cena improvisada encantó desde luego á Lulú. Soffa también se tranquilizó un poco con la comida. Pero Max apenas pudo tragar algún bocado. Cuando hubieron concluído el agape se amontonaron los tres sobre el diván, esperando á la cocinera. Y, ya en plena noche, Soffa y Lulú se durmieron y Max quedó solo consigo mismo.

Si acierta á vivir, Max Peborde se preguntará con frecuencia cómo su corazón no estalló en la congoja de aquella noche. Una tras otra, las medias horas y las horas se sucedían en el campanario de Santa Clotilde. Todo permanecía en silencio. La cocinera no venía. Los ruidos callejeros iban apagándose; de vez en cuando, allá á lo lejos, oíase el rodar de un carruaje ó la lúgubre bocina de un automóvil. El frío arreciaba. A Max le castañeaban los dientes. Pero los apretó hasta crujir á fin de no estallar en desesperados sollozos. Y acerbos pensamientos martilleaban su cerebro á

golpes redoblados. ¿Qué hacer, qué sería de él, solo, abandonado en el París formidable y vacío? Mamá dice que volverá; pero Max está seguro de que no volverá, ni la cocinera tampoco. ¿Y papá? Dijo que sí, pero ¿tendrían fuerzas para vivir hasta su vuelta? ¿Y si él tampoco volviese, si esta desdicha cruel é inevitable, esta especie de atroz vampiro que siente cernerse sobre su cabeza en la opacidad de las tinieblas le hiciese también desaparecer, ¿qué ocurriría? ¿Fuerales posible vivir? ¿Veríanse obligados á implorar, á mendigar?... El orgullo de Max se subleva, lo mismo que su timidez desatinada é indómita. No, eso jamás. No podría hacerlo. ¿Pues, qué recurso...? Max no entrevé más que una solución: permanecer ovillados, encogidos, agazapados, muy apretados, para tener menos frío y sufrir algo menos antes de morir... Pero el agotamiento físico puede más que la congoja. Max sucumbe al sueño y escapa á la fiebre cerebral que azota sus sienes...

¡Pero qué despertar, cuando la pálida aurora aparece en las ventanas y el aguijón del frío disipa el sueño! Durmiendo lo olvidaron todo. Por la mañana, generalmente, las pesadillas se evaporan. Pero la suya se hace más abrumadora, Lulú llora; grita que tiene hambre. Registran todos los armarios.

Pero es inútil; están vacíos. ¿No hay más remedio que morir en seguida? No, Max tiene algunos céntimos. Pueden comprar pan. Va á salir. Al pensar que va á quedar sola, Sofía empieza á gritar y se agarra fuertemente á su hermano. Podrían ir todos... Pero, de pronto, suena un campanillazo. ¿Quién es? ¿Será una esperanza ó una nueva amenaza, un daño inesperado que se levanta contra ellos? Oyese otro campanillazo, más fuerte que el primero. Llamán á la puerta y una voz grita: «¡Abridme, eal!»

¿Una voz? ¿Qué voz? Lulú ya no llora, y grita con todas sus fuerzas: «¡Minnie, es Minnie, abrámosla!» Precipítanse hacia la puerta. Las manecitas temblorosas alcanzan el cerrojo. El rostro de Minnie aparece riente y sonrosado, pero con alguna emoción. Sofía y Lulú se arrojan á sus brazos y se disputan sus caricias. Pero á Max le parece que todo está dando vueltas á su alrededor con una velocidad vertiginosa, y para no caer ha de apoyarse en una silla; oye como si estuviese muy lejos, la voz azorada de Minnie que le dice: «¿Max, Max qué te pasa?»—Nada, no es nada, ya me siento mejor. Me ha dado un poco de vértigo. Pero Lulú gime, lanzando un profundo suspiro «¡Oh, Minnie, si supieses el hambre que tengo!» Entonces Minnie palmorea y suelta la risa: «Baje-

mos en seguida. ¡Veréis qué sabroso está el café con leche de Orasia!»

Pero he aquí que Max y Sofía se miran con aire indeciso. Y Sofía murmura con los ojos bajos: «¿A casa de tu madrina quieres llevarnos?» Minnie la mira sorprendida: «¡Claro que sí! ¿pues dónde?» Los ojos de Sofía expresan la misma indecisión de Max. Siente un terror obscuro, mezclado de confusión, al imaginar su comparecencia ante la anciana señora, con la cual intimidaba á Lulú cuando no era dócil y á la que mamá llamaba, según su humor, la vieja beata, la Urganda, la estantigua clerical. Y Max también vacila, aunque por otras causas. Lucha con su orgullo. Tiene la intuición de los ódios políticos. Aceptar la oferta de Minnie es una capitulación. Madrina representa el enemigo contra quien se lucha. Sufre, por tener que manifestarse vencido, casi mendicante, él, hijo de un campeón de la causa opuesta. Y hasta el propio Lulú, con un dedo en la boca, farfulla con aire inquieto: «¿Pero, no es mala tu madrina?»

¿Mala? Minnie suelta la risa: «¡Ea, despachemos!» Lulú se muere de hambre. Puesto que Minnie se ríe, no hay peligro alguno. Le dá lo mano y corre tras ella, repitiendo convencido: «¡Despachemos!» Max y Sofía les siguen cabizbajos...

Inmóvil, en el comedor, madrina pasa revista á los aprestos. Las tazas están á punto. Tren las tostadas. Una cafetera y un gran jarro de leche, humean en mitad de la mesa. Varias veces, madrina lo repasa todo maquinalmente. Muéstrase muy turbada. Ahora comprende que ha cedido con harta facilidad á las súplicas de Minnie. Hubiera sido mejor mandarles subir el desayuno. Le faltó presencia de espíritu y agravó la situación, pero, afortunadamente, acaba por tranquilizarse. Mientras ellos coman escribirá dos palabras al señor cura para que entere de lo ocurrido al señor de Freuil, el colega del señor Peborde, en la Cámara.

Pero resuenan menudas pisadas en el vestíbulo. Oyese la voz de Minnie. Abrese la puerta. Max y Sofía abren la marcha empujados por Minnie, quien les sigue con Lulú. Breve silencio. En presencia de la anciana, alta, flaca, de rostro severo, cuyos labios permanecen cerrados, quedan inmóviles, petrificados, consternados; adivinan en ella á la enemiga, y, á pesar del apetitoso olor del café con leche, quisieran huir. Y madrina continúa silenciosa.

Su hogar, el hogar que vió nacer y morir á Clara-Angélica, le parece bruscamente profanado por la presencia de aquellos niños no bautizados. Su solo

aspecto denuncia los daños que les agobian. La tez amarillenta de Max, su semblante extragado por el insomnio y la angustia, son inquietantes. Sofía, con los cabellos entremezclados, el vestido desaliñado y roto, ofrece aspecto lamentable. El mofletudo Lulú, azorado ante la anciana con la cual tanto la amenazaban, esconde el rostro tras sus tiznadas manecillas. La propia Minnie, desconcertada por el terror y la sujeción que vé á su alrededor, no halla palabras oportunas y enmudece por primera vez en su vida.

Sin embargo, el silencio no puede prolongarse. Madrina hace un esfuerzo. Pero en el momento en que se decide á hablar, se para, sorprendida. Lulú se ha atrevido á mirar á la anciana por las rendijas de sus dedos, y en su cabecita se despierta un recuerdo confuso. Lulú había visto, en otra ocasión, una cofia de encajes como aquella y una anciana de cabellos blancos. Ello fué hace mucho tiempo, en un rincón provinciano... También les hería el sol y también aspiraban el olor del café con leche. Él tenía un poco de miedo, como ahora... Pero le empujaron hacia ella diciéndole que la llamara, que la llamara... ¡Ah, sí...

Con una sonrisa vacilante que implora, Lulú se acerca hacia madrina y, con



voz algo queda, un poco trémula, que parece un ruego, balbucea: «¡Abuelital ¡Buenos días, abuelita!»

Antes de que madrina pudiese darse cuenta de ello, cerráronse sus brazos y estrechó contra su pecho al diminuto francmasón de tiznadas mejillas...

En el austero y grave comedor, no se oye más que el ruido de los carrillos y de las cucharas que chocan contra el fondo de las tazas. Lavados en un santiamén, someramente alñados los cabellos, las hambrientas criaturas, devoran las tostadas con manteca y el café con leche. Y madrina contempla á su alrededor la extraña familia que no escogiera. Despiértanse en ella un sin fin de pensamientos, de esos que emanan de lo más íntimo del ser, de las profundidades que solo conmueven los grandes cataclismos... Quizás, desde la muerte de Clara-Angélica, madrina no había experimentado tan violenta sacudida. En su alma añeja, tan sólidamente forjada, vertida en el molde de tantas generaciones, existe una rara perturbación, mezcla de angustia y dulzura. Aquellas cabezas infantiles que rodean la antigua mesa de nogal, producen el efecto de un sueño, un sueño que había alimentado en otro tiempo, cuando preparaba la canastilla de Clara-Angélica, pensando en la alegre nidada que un día amenizaría

el viejo hogar. ¡Qué de veces recordó con amargura su vana esperanzal... El comedor permaneció triste y silencioso durante veinte años. Pues bien, hoy lo anima una vida pueril. Rizadas cabelleras agítanse en él, llénanlo voces y carcajadas infantiles. Pero aquellos niños no son los hijos de Clara-Angélica. Son los del diputado francmasón y de la correntona que la Iglesia no puede reconocerle por esposa. Son los niños Peborde...

Sea; son los niños Peborde. Pero, quizás, á pesar suyo, madrina no puede ya considerarlos cual lo hiciera anteriormente, cual acaso debiera considerarlos. Desde que les lavaron la cara y les peinaron, subió á sus mejillas un débil color rosado y son niños parecidos á todos los demás. La misma Sofia tiene su gracia un poco lacerada. Fué mal criada, mal educada, y no obstante se ocupa graciosamente de su hermanito, ayudándole á comer; solo falta que torne plácida su inquieta mirada y que su crispada boca sonría. Y en cuanto á Max, ¿quién no se sentiría subyugado por su fina y expresiva fisonomía, por sus ojazos dulces y melancólicos? De pronto los fija en madrina. O ella no les entiende, ó se refleja en ellos el agradecimiento y la franqueza. ¡Qué esfuerzos ha llevado á cabo para que nadie pudie-